



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (3)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

# Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (3)

Capítulo IV: ORDENACIÓN EN HONOLULU 1864 (Continuación) ..... 3

Capítulo V: **APOSTOLADO SOBRE UN VOLCÁN EN ACTIVIDAD 1864-1865** . 8

Capítulo VI: **KOHALA-HAMAKUA, 1865-1868** ..... 14

## EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (3)

### Capítulo IV: ORDENACIÓN EN HONOLULU 1864 (Continuación)

HILDE EYNIKEL 3 (libro pg. 64)

Este no era el problema de Damián, provisionalmente. Se estaba preparando a la ordenación, que debía tener lugar el 21 de mayo 1864 en la catedral de Honolulu. En ese día, vestido de un alba, se postró sobre el suelo ante el altar, junto con Clément y Liévin. Después de la celebración de la Palabra, avanzaron uno a uno hacia el trono episcopal en que estaba sentado Mons. Maigret, llevando casulla roja, la mitra y el báculo. Les interrogó por última vez sobre sus motivaciones. Damián respondió positivamente, se arrodilló ante el prelado y le sintió imponerle las manos sobre la cabeza; esta ritual fue repetido por todos los sacerdotes presentes, para simbolizar la aceptación de los nuevos en su comunidad. Damián recibió la estola y la casulla y fue invitado, después de la consagración, a celebrar la ceremonia con los oficiantes.

Al día siguiente la primera misa era para Damián. Se preparó nervioso en la sacristía, pensando involuntariamente en Pánfilo, que había gozado de tener a toda la familia, sus amigos y conocidos, casi toda la aldea de Ninde, presentes en ese momento en la iglesia; él, compartiría este instante de tal importancia con desconocidos. Se apoderó de él una profunda melancolía.

Con admiración, vio que toda la iglesia estaba llena. Pronunció las frases en latín sin la menor vacilación, pero la lectura del evangelio en hawaiano no fue más que un largo farfalleo. Los participantes le miraban gentilmente excusándole, comprendían algo con los oídos y todo con el corazón. En cuanto al sermón, igualmente en lengua indígena, fue un verdadero suplicio. Damián sabía que farfullaría, razón por la que había recopiado y repetido su texto, pero a cada momento se veía obligado a consultar sus notas.

En la consagración, elevó la hostia en sus manos temblorosas; echaba en falta la presencia de Pánfilo, pero no podía quejarse, porque fueron numerosos los que se empujaban para recibir la comunión de sus manos. Al presente los kanakas eran su familia. *"Si mi corazón no hubiera sido tan duro, relata él a su hermano, creo que se hubiera fundido como la cera, así fue de fuerte la*

*impresión que sentí al dar por primera vez el pan de vida a un centenar de personas, entre las que muchas se habían arrodillado anteriormente ante sus antiguos Dioses y que ahora vestidos de blanco se aproximaban con tanta modestia a la Santa Mesa "*

Damián debía partir para la Isla Grande, donde se la había confiado el distrito de Puna, cerca del volcán. (Maigret, que tenía una mayor confianza en Clément a quien creía más profundamente formado, había entregado a este último la responsabilidad del inmenso distrito de Kohala-Hamakua, que cubría todo el norte de la isla) Esperando esta partida, debía proseguir su aprendizaje de la lengua local y ejercer la misión de sacerdote, bajo la vigilancia de tres padres que habitaban en la capital (Hilo) El padre alemán Hermann Köeckemann se ocupaba de la administración, se ocupaba de los expedientes, redactaba los informes y mantenía las relaciones con el generalato (París). Este hombre, de tendencia conservadora, nunca había estado en un puesto de misión, había trabajado siempre en Hjonolulu donde no había sabido siempre evitar las fricciones con sus superiores que eran progresistas. Poseía un genio musical que causaba la admiración de Damián.

*"Es admirable lo bien que hace cantar a los kanakas",* escribe a Pánfilo. En la misma carta habla del obispo y del provincial, en la que señala que son *" la bondad misma y la sencillez personificada. Habría que ver cómo durante la recreación están a menudo rodeados de kanakas. Son como padres en medio de sus hijos"*. Maigret era un hombre excepcional, un pragmático de mirada franca; en cuanto obispo era responsable de los asuntos religiosos, mientras que el provincial, Modesto Favens, se ocupaba de las cuestiones relativas a la congregación. Este francés de cincuenta y tres años, antiguo estudiante de Louvain donde había sido ordenado, había partido para Hawaii en 1845, en compañía de uno de sus compatriotas, Charles Pouzot, que trabajaba en Hilo, el distrito vecino de Damián.

El 7 de junio, Maigret, Clément y Damián embarcaron sobre el *Kilauea*, un vapor que aseguraba la relación entre las islas. El barco entró en el pequeño puerto de Kaunakakai, en la isla de Molokai, donde Rudolph Meyer, un alemán que se había desposado con una noble autóctona, vigilaba las tareas de una plantación de cocos. A continuación navegaron a lo largo de una costa de rara vegetación, donde nuevas plantaciones estaban en curso. Cuanto más se dirigían al este, más verde se convertía la isla, pero Damián no se dio cuenta, porque el barco se precipitó en el ondulante canal de Pailolo, entre las islas de Molokai, Lanai y Maui. Entretanto la noche había caído y no alcanzaron más que al día siguiente por la mañana las aguas que bañaban Lahaina, un puerto de la isla de Maui. El vapor arrojó el ancla detrás del arrecife, y los pasajeros fueron en canoa a tierra, donde los tres padres franceses que trabajaban en la isla esperaban a su obispo y a los recién llegados.

Damián ya había encontrado en Honolulu al padre Albert, que le había contado la visión de Filomena. Saludó al Padre Grégoire Archambaux, hombre simpático pero emotivo, y al feliz y orondo Léonor Fouesnel. Apenas tuvo tiempo Damián de celebrar la misa en la bella iglesia recientemente

construida, cuando la sirena del vapor les advertía de que embarcaran: *"Fue muy duro tener que dejar hermanos colaboradores, relataba Damián. Presenté ingenuamente mis quejas a Dios, le pedí que nos dejara al menos algunos días con ellos, para poder aprovecharme de su experiencia, porque el consejo de los mayores no se puede desperdiciar por un joven misionero"*

El barco asmático levantó ancla y se dirigió hacia la mar. Flotaba en el aire un vago olor a quemado, pero podía ser el del motor. Cuando el olor se hizo más penetrante, los marineros gritaron: *"Awiwi wai, rápido, agua"* y *"Pau ahí, ¡fuego!"*. El capitán dio la media vuelta, izó las velas para aprovechar el menor soplo de viento y poder llegar a las aguas menos profundas ante Lahaina. Se organizó una cadena para transportar baldes de agua, los pasajeros cayeron presa del pánico, algunos querían saltar al mar y ganar la orilla nadando, pero otros se lo prohibieron, porque los tiburones pululaban por aquellos parajes y la corriente era contraria, una ola rompiente podía arrastrar a los nadadores y precipitarlos en el arrecife o sobre la costa rocosa. Felizmente, el *Kilauea* logró alcanzar la barrera delante de Lahaina. No hubo que deplorar ninguna muerte, pero el incendio, que se había iniciado en la sala de máquinas, había llegado a tocar casi el casco exterior del barco; si este hubiera cedido, todo él se habría hundido.

Los tres sacerdotes quedaron inmovilizados en Maui, porque las reparaciones podían durar un mes; además el *Kilauea* era el único barco que aseguraba la comunicación entre las islas. Damián no se quejaba; al contrario, esta avería le proporcionaba la ocasión de permanecer en casa de Aubert y Grégoire, que le hicieron descubrir la cultura hawaiana, en que la "superstición" parecía presente en todo.

El domingo 17 de junio, Damián visitó algunas plantaciones aisladas, nervioso e irritado haciendo la ruta al ver a las gentes trabajando en el día del Señor; el riego era un verdadero deber realizarla día y noche, el domingo era sagrado. Caía la noche cuando volvió a Lahaina, donde encontró a Aubert fuera de sí. Una goleta había llegado a buscar a los religiosos, Maigret y Clément habían partido para la Isla Grande. Como nadie sabía dónde se encontraba Damián, el obispo había intentado ganar tiempo pidiendo trasladar la partida a después de la misa que quería celebrar personalmente, porque una princesa tahitiana recién convertida debía asistir a la celebración. Después de la ceremonia, había vuelto a intentar convencer al capitán de que esperara aún un poco, pero comprendió que había perdido la partida cuando un americano tomó la plaza de Damián en la embarcación.

Estando solo en Lahaina, Damián escribió: *"Aquí estoy bien atrapado, ¿cómo alcanzarles?"* Se pasaba los días en el puerto, entrando todas las mañanas en el pequeño despacho donde distribuían los billetes. Se pasó una larga semana antes de que fuera anunciado el periódico que el *Kilauea*, con destino a Kailua (Hawaii), haría escala en Lahaina la tarde del 30 de junio. Damián confirmó inmediatamente su reserva.

Estaba preparado a ser la risa de sus compañeros, pero le sarcasmo de que dio pruebas el padre Régis Moncany, un hombre agrio y tuberculoso, sobrepasó las medidas. Este francés chauvinista y conservador no quería a los flamencos, no quería a Llouvain ni su catolicismo liberal y menos aún al quejoso Clément que se alojaba en su casa desde hacía una semana. Damián estaba preparado para partir inmediatamente para Hilo, donde esperaba encontrar a Mons. Maigret, pero Moncany se opuso a ello. Era una locura imaginar que podría atravesar sin guía los inmensos desiertos de lava del centro de la isla sembrada de volcanes en actividad. Clément que se había quedado muy impresionado a la vista de la lava solidificada pero aún no fija sobre el suelo, tomó partido por el padre Régis. Si Damián tenía un gramo de buen sentido - lo que era dudoso después de sus hazañas en Lahaina - esperaría tranquilamente en Kailua la llegada del padre Stanislas Leuret, que se había propuesto guiarles. Nuestro intrépido misionero no tuvo elección. Las lamentaciones de Clément eran bien fastidiosas, nada le agradaba: las mujeres eran ramera y la comida mala., los nativos eran "sucios" tanto física como moralmente, la isla era horrorosa y demoníaca; Mons. Maigret se comportaba como un salvaje, había llegado hasta proponer a Clément que diera una chupada, también él, de la pipa que os hawaianos se pasaban mutuamente; este gesto había sido inspirado para mostrar la amistad con ellos, Clément no fumaba y encontraba esta práctica poco gustosa. No cesó de gruñir durante diez días, también Régis se sintió aliviado al verle partir.

Los tres religiosos dejaron la ciudad por un sendero estrecho abierto en los campos de lava. Después de una dura jornada bajo un calor agobiante, pasaron la noche en Kiholo, en el *trading post* de un irlandés, en frente a una magnífica laguna. Clément inquietaba a sus dos compañeros, era no solo un lamentable jinete, sino sobretodo un ser de un temperamento débil e incapaz de aguantar largos esfuerzos. Sostenido por Stanislas, Damián le propuso cambiar sus distritos, pero la decisión competía al obispo.

La etapa siguiente debía llevarles a Waimea, sobre las altas planicies verdeantes que ligaban al volcán Mauna Kea con el macizo de Kohala. La escalada era ardua, zarzas espinosas rasgan los pantalones hasta hacer sangrar, hacía un calor sofocante. En la cima, una línea mágica parecía haber sido trazada entre el desierto y la zona húmeda de Waimea, donde los bovinos comían en los verdes pastos. Aquí se acababa el cometido de Stanislas, que volvió a su puesto. Damián permaneció varios días con Clément.

El 20 de junio, un cow-boy mexicano, que viajaba a Hilo, aceptó el servir de guía a Damián. Los dos hombres se lanzaron al galope sobre la alta planicie, hasta el momento en que un bosque compacto disminuyó su veloz caminar. Siguieron después por la costa, donde gigantescas cascadas cortaba el muro de la jungla. No había menos de ciento veinte barrancos entre el cabo norte e Hilo.

El viaje duró tres días y medio, porque se vieron forzados a hacer la mayor parte a pie. Damián descubría la isla de los largos fiordos, con bahías en hondonadas en forma de ensenadas. y con muros de bosque impenetrable.

Los temblores de tierra y los aguaceros borraban a veces toda traza de sendero y era peligroso viajar por la noche.

Mons. Maigret estaba todavía en Hilo, donde no se quedaría más que hasta el lunes 25 de julio, porque debía absolutamente estar presente para la Asunción en Honolulu, habiendo prometido al rey asistir al *Te Deum* en honor de Napoleón III. Damián pasó algunas bellas jornadas: *"Mons. nos dio en todo ejemplo de paciencia, de mortificación y de simpatía. En todos los lugares comía el poi, pescado salado cuando lo había, dormía sobre la estera, que en ciertos lugares estaba bien cerca de la tierra y de las piedras. Charlaba mucho con los kanakas y una vez, entre otras, les hacía reír a costa del padre Nicaise que reía más que ellos, contando cómo a los normandos les gusta la charlatanería y por qué, y cómo los perros normandos buscan a sus amos perdidos levantando la cabeza a lo alto"*.

La hora no era solo para entretenerse. En el curso de una conversación, Maigret recordó a Damián el no subestimar las dificultades: si Hilo poseía una bella iglesia con dos campanarios, los cofres estaban vacíos y el carismático Titus Coan, el predicador local, había emprendido un "reclutamiento de almas" en el que salía ganando. Charles Pouzot, el sacerdote de Hilo había lanzado a un grupo de camorristas sobre una procesión protestante, lo que le valió perder numerosos parroquianos. Los religiosos franceses imputaban estas defecciones a las plantaciones que pertenecían en su mayor parte a los protestantes: pretendía que los obreros optasen por la religión del maestro que era el más rico.

Los protestantes no constituían el único problema creía el obispo, la naturaleza se desencadenaba a veces. Algunos años antes, un maremoto devastador se había llevado numerosos habitantes de Hilo y, un poco más tarde, las lavas habían amenazado con sumergir toda la ciudad. Estos cataclismos reforzaban la creencia de los Hawaianos en la diosa del volcán, la llamada Pélé.

Además, el distrito de Puna, encargado a Damián, ni había tenido sacerdote titular desde hacía muchos años. Los misioneros no habían realizado allí más que breves pasadas y la mayor parte de los convertidos habían vuelto a sus antiguas creencias o pasado al protestantismo. Los niños estaban obligados a frecuentar las escuelas protestantes, porque no había allí otras. Damián podía contar con 350 católicos, cuya llama ni se había extinguido, pero, al parecer del Obispo, era importante construir una iglesia para señalar precisamente su presencia. Podía ponerse de inmediato al trabajo. *"Los cristianos de Hale Puaa (casa de los cerdos) cotizaron para ayudar a Monseñor a construirles una pequeña capilla de madera, esperando otra mejor. Le dieron 100 piastras, Monseñor dio otras tantas y con estas 200 piastras, un cristiano indígena de Hilo, hábil ebanista y carpintero, va dentro de algún tiempo a ensayar hacer un pequeño santuario un poco limpio"*. Sin embargo, debía considerar su distrito como una zona baldía, y, para despertar la llama envejecida, aceptar siempre la hospitalidad que le fuera ofrecida". *"Duerme con ellos, le recomendaba el prelado. "Duerme con ellos. Come el alimento local, no te hagas el difícil"*.

*Escucha sus relatos, sus quejas y muéstrales estima. La alegría es primordial. Participa en la de ellos. Comparte la tuya con ellos. Las gentes de Puna son paisanos trabajadores. Recuerda que diablo está al acecho La tentación estará siempre presente. Cada vez más"*

Damián vio partir a su obispo con pesar, pero él aspiraba también a hacer la visita de su parroquia. El 28 de julio, Nicasio Ruault, un normando dinámico y reidor de una treintena de años, que tenía un excelente contacto con los hawaianos, se propuso guiarle en esta primera visita.

El bosque tropical que cubría los flancos del Mauna Loa - que los indígenas llamaban *Lua Pele*, es decir El Abismo de Pélé - representaba una sombría amenaza. Nicasio acompañó a su compañero hasta el bosque de gigantes helechos, donde Damián se encontró totalmente libre. La descripción que hace a Pánfilo de sumisión o refleja más que una porción de la realidad: *"Hay ocho islas en el archipiélago de las que cuatro son grandes y cuatro pequeñas, Una, Hawaii, en la que me han colocado, es al menos tan grande como Bélgica. En medio hay tres volcanes, de los que dos parece que están extinguidos, uno está todavía en actividad. Es en la cedrcanáide este último donde la Providencia ha querido colocarme. Desde un final de mi distrito hasta el otro, e camina sobre la lava". La carta está fechada el 23 agosto 1864.*

## Capítulo V

### APOSTOLADO SOBRE UN VOLCÁN EN ACTIVIDAD 1864-1865

La primera parroquia que Damián visitó solo fue Kaoho. La colina de restos de lava reflejaba el azul de la laguna. El lugar era brillante, como los ojos chispeantes de trescientos fieles. La iglesia estaba infestada de miriadas de insectos y la choza reservada al sacerdote estaba en ruinas., pero esto no minaba el entusiasmo del misionero que estaba por fin con sus fieles.

Ensayó desenmarañar la madeja de las relaciones familiares en el interior del clan. Había allí, por ejemplo, niños albergados en la casa de su tía, una forma de adopción llamada *hanai*. Se trataba con ello de una situación familiar a Damián: su familia ¿no había también ella educado a su primo Henri Vinckx y considerado al pequeño huérfano Loike como un de Veuster, salvo en el dominio de los estudios, ¿no es verdad?

Pidió a sus parroquianos que hablaran lentamente, porque su conocimiento del hawaiano no estaba aún a punto y, como ciertas palabras podían tener diversas significaciones en función del contexto, el estudio de esta lengua no era fácil. El príncipe Albert le había enseñado que existían dos lenguas: el kanak y la lengua de los *alii*. El misionero esperaba dominar pronto la lengua kanaka.

Se encontró confrontado a numerosos mitos de Kapoho. Allí estaba primero Pélé, la poderosa diosa del volcán, que era tabú ofenderla. Otra tradición quería que en los equinoccios los enfermos fueran al punto más oriental del Archipiélago para asistir allí el levantarse del sol. Allí estaban en pie dos gruesas rocas - simbolizando Kumukahi, el dios pájaro y sus dos esposas, que hacían mover al sol tirando con cuerdas - a las que se atribuían virtudes terapéuticas que estaban en lo más fuerte de su eficacia dos veces al año, el 21 de setiembre y el 21 de Marzo. Fue en este lugar mágico donde se había desarrollado la lucha entre el bien y el mal, porque el mundo se componía de contrarios: bien-mal, día-noche, hombre-mujer, nacimiento-muerte, cuyo esplendor era muy poderoso, que los *kahuna* recibían su poder del sol.

Cuando estos curanderos descubrían quién había echado una suerte, procedían a un ritual de expulsión o exorcismo. En cuanto al *kauna* cualificado de *Laaupapa* (el médico o brujo que conocía las hierbas medicinales), era capaz de curar una herida infectada gracias a una cataplasma de hojas. Un doctor, que se llamaba Puheke y que formaba parte de la escuela de brujería de Molokai, había descubierto cómo aplicar una lavativa con la ayuda de una caña fina de bambú.

Posesión y exorcismo, estas eran nociones familiares a Damián, pero, se trataba de rituales paganos. Los *kauna* eran capaces de curar muchos males, pero fueron impotentes frente a la "enfermedad china" - *Mai Pake* - que pretendían provocar por un resplandor luminoso. + Damien ne réalisa pas qu'ils parlaient de la lèpre +

Mientras que Mons. Maigret visitaba la Isla Grande, Kamehameha V, irritado por las reacciones negativas a sus reformas, había disuelto las Cámaras, suprimido la Constitución, después anunciado elecciones. Aceptando, a invitación del soberano, cantar un *Te Deum* a su retorno a Honolulu, Maigret se encontró en el centro de la crisis política, con gran irritación del prudente Hermann Kœckemann que proclamaba el concierto con los políticos. Estos, lo mismo que el cuerpo diplomático al completo, habían prometido asistir a la ceremonia religiosa, porque se trataba de la primera aparición pública del monarca después del golpe de estado.

Este último no se anunció más que hacia el fin del servicio religioso. Después de la bendición, el obispo hizo una señal a la congregación y al monarca de sentarse, después - mirando este último derecho en los ojos - explicó en hawaiano que solo aquellos que dan gracias al Señor por sus beneficios eran dignos de su gracia. Poco después de este incidente, Kamehameha anunció las elecciones. El partido de los blancos, empujado por la comunidad americana, tomó posición contra el rey, que obtuvo el apoyo de los intelectuales hawaianos y de las gente afortunadas así como de los mestizos. En Hilo, el partido real tenía a la cabeza un brillante abogado, mezcla de sangre, William Ragsdale. Hijo de un jurista americano, poseía perfectamente la lengua indígena y era intérprete oficial de la Casa de los Nobles, a pesar de los trastornos psíquicos que afectaban seriamente su comportamiento.

Damián aprovechó de su breve estancia en Hilo para escribir una carta ampulosa a Modesto: *"Como le primer deber de un padre es procurar a sus hijos aquello que les es necesario, yo me encuentro ahora en la necesidad de procurar a mis hijos recién regenerados por el agua y el Espíritu Santo, lo que es necesario para su vida espiritual... Manuales católicos, así como una suficiente cantidad de pequeños catecismos rojos, de los misterios del rosario y de otros que juzguéis serles útiles [...] Aunque la Providencia no me haya confiado un distrito inmensamente grande, encontraré aquí sin embargo abundantemente con qué satisfacer mi celo. Cuántos ancianos, cuántos enfermos sonrientes a la primera palabra que se les dice referente al bautismo. Para todo el distrito de Puna, no tengo más que un pequeño cáliz que comienza a desdorsarse, la patena sobretodo es mala. Si puede fácilmente, dos ornamentos de sacerdote, algunos manteles de altar y dos aras me vendrían muy a propósito, así como pequeños candeleros..."*

Envió también un informe largo a Pánfilo, a quien intentó convencerle de que viniera lo más rápidamente posible a Hawaii. Había bautizado 29 catecúmenos, un hecho que no había que no había relatado a su provincial, porque Charles se había encargado de ello. Ya no existían prejuicios en cuanto a los catecismos, repite por dos veces en su misiva. *"Es sobretodo entre los volcanes de Puna donde debería tener este amor puro de Dios, ese celo ardiente con el que el Sr. de Vianney, párroco de Ars, ardió para la salvación de las almas, durante su vida"*

En la carta dirigida a sus padres, Damián adopta un tono más ligero, sin duda para sosegarles. La partida había sido penosa, pero ahora todo marchaba bien. Se vanagloria de hablar ya el kanaka tan bien como el párroco de su parroquia habla el flamenco - una nota que se la puede considerar evidentemente como sarcástica; efectivamente, aún en Flandes, muchos sacerdotes eran francófonos en esa época. En cuanto a los kanakas que presenta como dulces, amables, desinteresados y acogedores en la carta a Pánfilo, los describe a sus padres como seres depravados. *"Heme aquí colocado en un país corrompido idólatra. Qué grandes son mis obligaciones como sacerdote. Qué grandes han de ser mis obligaciones como sacerdote!. Que grande ha de ser mi celo como misionero! Qué pureza de costumbres, qué rectitud de juicio he de tener!"*

En Hilo los problemas no hacían más que acumularse. El institutor católico se había convertido al protestantismo y Charles debía dar él mismo la clase. Para venir en su ayuda, Damián se encargó de una parte de su distrito. A mediados de setiembre, partió para los campos de algodón, sobre los flancos del volcán activo Mauna Loa.

Llegó al campamento escondido en el bosque; una familia le invitó. ¿Católicos? ¿Protestantes? No tenía importancia. Participó con ellos el alimento local, el *poi*, sirviéndose de la misma marmita con dos dedos de su mano derecha. Escuchó sus relatos y fumó la pipa común. Antes de acostarse, salió un instante; la lluvia había cesado, el cielo se coloreaba de rojo hacia el

sur, como para un amanecer prematuro del sol y el brillo siniestro del lago de lava volvía la noche inquietante.

Desarrolló su estera, vio que le ofrecían una manta y se buscó un pequeño rincón lejos de las mujeres. Sabía el peligro que representaban, sentía su fuerza seductora. Rezó: "*Y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal*". Alguno se puso a roncar, otros respiraban ruidosamente, uno de los durmientes se dio la vuelta, después Damián sintió una mano - ¿de mujer? - sobre su pecho, dedos sobre su piel, experimentó una sensación que le estaba prohibida. Se acordó entonces de las palabras de Cristo en Mateo: "*Así que no habéis tenido la fuerza de velar una hora conmigo! Velad y orad para no entrar en la tentación; el espíritu es fuerte pero la carne es débil*". No podía mostrarse débil, así que rechazó la mano, la cabeza reposada sobre su pecho y los cabellos sedosos. Obró prudentemente, para no herir ninguna susceptibilidad, y sin embargo con firmeza, para arrojar definitivamente esos deseos impuros. Se levantó, salió de la choza y, a pesar de la lluvia que chorreaba, se introdujo en el bosque donde los helechos gigantes dibujaban siluetas bizarras sobre el cielo de tinta. Marchó rezando ardientemente al Señor que esta mujer no le siguiera. Era la personificación del demonio y le había resistido. Jesús también había resistido a la tentación. No había victoria sin lucha. Estaba orgulloso, pero turbado, porque también él tenía necesidad de amor.

Debía absolutamente hablar de ello con alguien. No podía dirigirse a Charles, que se encontraba al borde de la locura; en cuanto a Clément, estaba lejos y no se habituaba a Hawaii; Nicaise, por el contrario era joven y dinámico, este normando tenía sentido del humor. Damián decidió interrumpir su gira de las parroquias y ir donde su compañero. Para ello debía bordear el cráter del Kilauea.

El bosque se acababa de repente ante una extensión desértica, de penachos de vapor se escapaban de las formaciones rocosas color de azufre. Era el reino de la diosa Pélé, que se manifestaba por estas humaradas. Damián dejó a su mula seguir el sendero que llevaba a *Volcano House*, un pequeño hotel donde el propietario le ofreció una de sus cuatro habitaciones. El mismo día, daría primero la vuelta al cráter, un paseo que costaba dos horas. Al día siguiente, podría seguir al guía hasta el lago de lava.

Damián pasó tres semanas con su compañero en el distrito de kau. Hablaron de la tentación hasta sus menores detalles y abordaron casos concretos de derecho matrimonial. Damián recordaba las enseñanzas estrictas del profesor Feye en Louvain, pero el apostolado misionero era bien diferente de aquello que se aprendía en el convento o en la universidad. En Bélgica o en Francia, había vivido siempre retirado; ahora estaba continuamente de camino. Allí debía pasar el día en silencio, mientras que aquí hablaba todas las lenguas. Llevaba la visa de un hombre de negocios, de un alcalde o de un predicador, cuando su preferencia era el cuidado de los enfermos. Lo más difícil de estas jornadas recargadas, era encontrar tiempo para rezar y meditar, y él quería estar siempre disponible para los "enfermos".

Confirió a Nicaise que amaba Hawaii, este país ingenuo en que se hablaba una lengua ingenua. Su compañero sonrió, Damián no comprendía las sutilezas de este pueblo y de su idioma, tenía todavía que aprender. Sin embargo él no ahorraba esfuerzos en este sentido. Su segunda carta a Modesto estaba falta de todo énfasis: había recibido todo lo que le había pedido, a excepción de las piedras sagradas [aras], pero Nicaise estaba dispuesto a ayudarle a encontrarlas, mientras Charles le había procurado un cáliz. Solo los manuales faltaban todavía. Y le hacían falta... capillas. Comprendía el punto de vista de sus superiores: primero ganar los corazones antes de construir iglesias, pero insistía sin embargo para poder disponer de una muy pequeña capilla en Kaimu.

Damián sabía lo que quería. Era joven y fuerte y no le asustaban las distancias, a la inversa de su amigo Clément. En el momento en que Damián anunciaba sus proyectos entusiastas al provincial, Clément se quejaba en una carta a Modesto de no haber visto un sacerdote en dos meses. *"Este tiempo me parece demasiado largo, mi R.P. Tengo necesidad de que mi celo sea recalentado y reanimado a menudo"*. Charles envió a Damián - a quien, por otro lado, había confiado todo su distrito, a excepción de Hilo - a pasar algunos días en la parte este del distrito de Clément, Hamakua, sobre la costa lluviosa de la isla. La visita comenzó mal: en el primer pueblo, el jefe protestante le rehusó la autorización para dormir en una de sus chozas. Damián pasó la noche al exterior, a pesar del hambre, el frío y la humedad.

El paso de su compañero no consiguió sacar a Clément de su estado depresivo: esperaba volver a verle en Navidad, pero Damián pasó la fiesta en compañía de Charles. Más de doscientos cirios y lámparas brillaban alrededor de la iglesia, os campanarios parecía faros. Damián estaba feliz, como lo muestra la carta que escribió a Pánfilo, desde su pequeña habitación en el campanario de San José: *"Os deseo un buen Año Nuevo. Por mi parte, gozo de una salud perfecta, me parece que hoy he superado totalmente las dificultades que todo nuevo misionero encuentra al llegar de Europa. Me he habituado a la lengua como a las gentes de este país"*.

Clément, por el contrario, no iba bien. Vino a reposar algún tiempo en Hilo. El día de los Reyes, Charles y Damián encontraron al joven limburguense tan abatido que decidieron pedir oficialmente al obispo la autorización para que Damián y Clément cambiaran sus distritos respectivos. Esperando una respuesta, Damián volvió a dar una nueva gira por sus parroquias.

A finales de enero ya las había visitado todas, mientras Clement continuaba deprimido en Hilo. Damián decidió de inmediato recorrer las parroquias de su compañero, que estaban sin pastor después de más de un mes. En todas partes fue bien recibido y siguió de nuevo los consejos de su mentor: comió con la población local, dormía en sus chozas, trataba de resistir las tentaciones no dándoles ocasión de que se presentaran. Sobre la costa este, tuvo que atravesar más de un centenar de torrentes; recitaba cada vez una jaculatoria, porque una ola de fondo podía llevárselo. Cuando el peligro era demasiado

grande, acampaba delante de la corriente de agua y se tomaba el tiempo para rezar su breviario o redactar sus informes.

Los problemas que surgían sobre la costa húmeda eran debidos al mal estado de los senderos siempre en cuesta o en declive exagerados, con barro o lloviendo. La costa oeste y seca era, por el contrario un desierto ardiente. Sólo la plataforma de Waimea era perfecta, excepto los días en que caía el *ua ki puu puu*, la lluvia que ponía la carne de gallina. El trabajo allí era fácil, pero la bonita pequeña iglesia protestante situada a la orilla de un riachuelo saltarín era su objeto de cólera, de repulsión y de envidia. Damián quería, también él, su santuario. Era dinámico y entusiasta, aspiraba a visitar los valles de difícil acceso de los que se quejaba Clément, brevemente, le entusiasmaba le desafío.

Después de su primera expedición, volvió a Hilo, donde seguían aún sin respuesta del obispo. El vapor *Kilauea* había encallado en la barrera delante de Kawaihae-Uka, y la relación entre las islas estaba, una vez más, interrumpida. Sin embargo sucedían cosas en la ciudad: el día del veinticinco aniversario de Damián, el Parlamento votó el "Acta de lucha contra la difusión de la lepra". El Consejo de sanidad debía crear, a unos tres kilómetros de Honolulu, un centro e aislamiento para leprosos y un hospital destinado a los casos sospechosos así como para las personas en el primer estadio de la enfermedad.

Damián sabía al presente que la *Mai-alii* - la enfermedad de los nobles - o *Mai Pake* - la enfermedad china - era la lepra. Estas dos apelaciones hacía referencia a la primera víctima conocida, Naea, un jefe que había residido en la ciudad azucarera de Wailuku, en la isla de Maui. Era el padre natural de la reina Emma, la viuda de Kamehameha IV, que este había hecho educar por sus padres, sin duda en razón de su enfermedad que ya no pudo ocultar a partir de los años 1840 y que habría contraído de un cocinero chino. El médico alemán Wilhelm Hillebrand la prohibió todo contacto con el mundo exterior y la asignó residencia obligada en su casa. Naea respetó este ostracismo, pero, después de su muerte, sus servidores se dispersaron por las diferentes islas, extendiendo así los gérmenes de los que eran portadores.

Kamehameha V había reemplazado el Departamento de Instrucción pública por un Consejo educativo compuesto por cinco blancos: un católico -el inspector general Abraham Fornander, que era violentamente opuesto a los protestantes - un protestante y tres anglicanos, lo que parecía bastante extraño, porque, aparte de la familia real, solo había pocos anglicanos en las islas y esta confesión no poseía ni escuelas. Los católicos se llenaron de júbilo, porque este Consejo decidió inmediatamente no sostener más la red escolar protestante que era aún predominante. Fornander pidió a Damián que enviara a Honolulu chicas jóvenes aptas para seguir una formación de institutrices, porque él nombraba casi exclusivamente a los institutores católicos, con gran furor de los protestantes.

El 1 de febrero, Damián, Charles y Clément discutieron sobre las consecuencias que odia tener para Hawaii la encíclica *Quanta Cura* que

acababa de promulgar Pío IX y donde el socialismo y el liberalismo eran calificados de herejías.

Al día siguiente Damián obtuvo la autorización de cambiar su distrito por el de Clément.

## Capítulo VI

### KOHALA-HAMAKUA, 1865-1868

Damián no prolongó su estancia en Hilo, quería aprovechar la fiesta de la Candelaria (2 febrero) - sexto aniversario de su entrada en la congregación - para tomar sus funciones en una nueva parroquia. Previó a continuación, para la fiesta de San José, fecha aniversario de su desembarco, tomar oficialmente su puesto en la central de San José de su distrito, Kohala City. Allí disponía de una verdadera casa parroquial, que comprendía una sala de estar y dos habitaciones, de las que una estaba alquilada al institutor. La casa estaba rodeada de un *lanai* o terraza que daba sombra. Su predecesor había construido una bella iglesia con dos campanarios, más tres altares y candeleros adornados de flores de madera esculpida.

Fue acogido calurosamente en la aldea donde le habían rehusado un techo durante su primera visita. Este cambio de actitud no solo se tenía con Damián, sino que era debido a la nueva política del cuartel general protestante de Boston, que había declarado la independencia de la iglesia hawaiana. El predicador que ya no recibía salario, imponía una asignación mensual y había por ello levantado a la población contra él, hasta tal punto que el jefe local estaba decidido a sostener a todos aquellos que se convirtieran al catolicismo. Damián pidió a todos los candidatos que leyeran, o les leyeran, un pequeño fascículo dos veces al día; a su vuelta. bautizaría a todos los que hubieran respetado estrictamente esta petición.

La gira por todas sus parroquias le costaba inicialmente seis semanas, una duración que se redujo pronto a un mes. A continuación pasaba algunos días en Hilo o en Kailua, para cumplir su deber mensual de confesión y estudiar diversos problemas.

A un hawaiano que le pidió cierto día dónde se encontraba su casa, Damián le mostró su caballo. Esta montura le conducía a un pueblo en que una comida de fiesta o *luau* se había preparado especialmente a su intención; allí había *poi* a voluntad y los moluscos *opihi* estaban recientes y frescos. Se trajo entonces un plato de carne de la que se sirvieron varias veces, tomando al alimento a dos dedos como los nativos. Era un placer ver la alegría en los ojos de los huéspedes. Cuando el plato estuvo vacío, el dueño de la casa volvió con una cabeza de perro ardiendo le dio un salto el corazón. Esta comida ofrecida en testimonio de amistad era no obstante una trampa! Si huía, sería la risa de

todo el pueblo. Decidió no darle esta fácil victoria. Reflexionó hasta sentir fiebre. En Tremelo también, había comido carne de caballo, ahora bien el caballo era su casa, su compañero. Alboreó una sonrisa y lo agradeció a las gentes del pueblo, que concluyeron que Kamiano era un poco kanaka y le dieron su oportunidad.

Damián también quería dar su aprobación a cada uno. En el valle casi inaccesible de Waimanu vivía una pequeña comunidad que deseaba visitar. Un guía le esperaba en el valle de Waipio para escalar el paredón abrupto y atravesar una espesa selva, cortada por diez valles estrechos. El pastor protestante las franqueaba en dos horas. Damián se había prometido, cueste lo que costare, hacerlo mejor que ese hombre que tenía la edad para poder ser su padre. Realizó esta hazaña en tres cuartos de hora. El guía le indicó entonces una muralla de casi seiscientos metros de alta que se precipitaba en el mar. Para llegar al valle, era necesario aún escalar las rocas batidas por gruesas olas.

Ningún sacerdote católico había visitado Waimanu desde hacía años, Damián se puso en marcha, a pesar de las advertencias repetidas de su cicerone que temía ver levantarse el viento. Cuando por fin estuvo preparado a salir, dos vecinos del pueblo se propusieron acompañarle. Damián se admiró. La ruta era fácil ¿no? El precipicio más diez valles. Enseguida comprendió su error: las olas rompían contra el montón de rocas situadas al pie del precipicio.

Tuvieron, por así decir, que pegarse a la pared sosteniéndose mutuamente cuando no encontraban un punto de agarre. Fatigado, pero feliz, Damián montó en su caballo en Waipio en dirección de la parroquia siguiente. Había batido el record del predicador. Durante su segunda visita, decidió llegar a Waipio en canoa, aunque la mar fuese peligrosa y traidora cerca del cabo norte, sobretodo para una embarcación sin balancín. Antes de subir a la piragua, recitó un acto de contrición. La navegación fue fácil justo hasta el momento en que uno de los remeros gritó : "*Pilikia kakou. Peligro, rota*". Un enorme rulo chocó se apoderó de la piragua que se dio la vuelta, arrojando a todos os navegantes al agua. Damián atrapó su saco justamente antes de nadar hacia la embarcación. No habiendo podido enderezar la pesada barca, se agarraron a ella y la empujaron nadando hacia la costa. Damián pensó de inmediato en los tiburones, pero los remeros le aseguraron que su *aumakua* o totem era el tiburón, no corrían pues ningún peligro. Cuando abordaron la costa, el misionero pidió a los kanakas que dieran gracias con él al Señor, lo que hicieron de buena gana.

En enero, cuando estaba Damián estaba de paso en la parroquia de Kohala que pertenecía siempre a Clément, el pastor Bond le acusó de sabotaje. Los vigilantes portugueses fueron los primeros en abandonar el templo protestante para retornar a la fe que habían profesado en su país de origen.

Los españoles y los indios norteamericanos, los *paniols*, les siguieron. Introdujeron su estilo brillante y florido en la iglesia de Damián; no pasaban inapercibidos con sus fajas rojas, sus sombreros de ala fina, sus largos

pantalones de equitación ajustados en las pantorrillas. Cuando estos hombres se pusieron a cantar himnos acompañados a la guitarra de seis cuerdas o *braghina* los hawaianos franquearon a su vez el umbral de la iglesia.

En verano 1865, Damián comprendió que le hacía falta absolutamente una capilla en el puerto de Kawaihae-Uka para los *paniolo*s católicos. Estos cow-boys ejercían un trabajo peligroso: no era un trabajo cualquiera conducir bueyes medio salvajes de las laderas abruptas de la alta planicie de Waimea hasta la costa y subirlos a los barcos. Pero aún había más: Elijah Bond, el adversario de Damián, disponía de una magnífica capilla próxima a la playa. Nuestro misionero quería una más grande y más hermosa. Descubrió el lugar ideal para su lugar de culto, que sería visible por los viajeros, de cualquier parte que vinieran. Además un pequeño arroyo de agua atravesaba el terreno.

Si pudiera construir una plataforma, la cumbre de la colina sería suficientemente ancha para una pequeña iglesia, alrededor de la cual podría preparar una huerta de la que vendería los productos a los dos conventos de Honolulu, con el fin de procurarse un ingreso suplementario. Pero había dos obstáculos: todo el material debería ser portado por el repecho y el terreno pertenecía a la princesa Liliuokalani que se había desposado con un protestante americano, John O. Dominis, gobernador de la isla de Ohau. El terreno estaba alquilado a una compañía privada, pero Damián esperaba que el obispo podría probar a su alteza que los católicos hawaianos de Kawaihae tenían necesidad de una iglesia.

Un mes más tarde, a la vuelta de un nuevo giro por su distrito, Damián encontró una respuesta negativa del provincial. De Veuster reservó un billete para Honolulu donde defendió su causa con insistencia, defendiendo simultáneamente un segundo proyecto que había imaginado para Vaipio, un valle aislado de la costa húmeda de la isla. Este lugar parecía paradisíaco y, por tanto, allí fue donde habían sido inmoladas las primeras víctimas humanas. Allí se encontraba igualmente el acceso al reino de las sombras: la noche, los espíritus desfilaban por el valle bajo el mando del legendario rey Milu, golpeando de muerte a todos lo que habían osado encontrarse en su camino. Más lejos, el valle se dividía en dos bocanas estrechas donde, según la leyenda, estaban enterrados los huesos de los jefes. Tales fueron los argumentos que invocaba Damián para justificar la construcción de una iglesia.

No era muy buen carpintero, pero saldría adelante. Calculaba que las dos capillas costarían cada una mil quinientos francos, pero él no pedía más que dos mil ochocientos francos; ahorraría el sueldo sobre su salario, porque él dejaba a su caballo pacer en libertad y los hawaianos proveerían a su sustento. Para desembarazarse del importuno, Modesto pretextó querer conferenciar sobre ello con el obispo y aconsejó a Damián que se tomara unos días de descanso en Honolulu, el tiempo le aportaría consejo. Pero las nociones de "tiempo" y de "reposo" no formaban parte del vocabulario de de Veuster, que quería partir al día siguiente, a pesar de su vivo deseo de asistir al retiro anual de los padres picpucianos en Honolulu. Sus parroquianos tenían necesidad de él; vivían en una situación precaria después de la caída del

precio del azúcar, consecuencia directa del fin de la guerra de Secesión; las plantaciones despedían a los obreros por decenas y estos estaban prestos a dar para su iglesia el poco dinero que poseían.

Mons. Maigret escuchó con atención al misionero. El catolicismo tenía el viento popa, en el momento en que todo llevaba a creer que el joven príncipe Albert - el turbulento adolescente que había enseñado a Damián sus primeros rudimentos del hawaiano - sucedería a Kamehamhea V. El rey no parecía que se fuera a casar y no tenía otra descendencia varonil de Kamehameha III. Considerado todo bien, Damián podía tener sus capillas, lo que decidió al obispo que prometió al misionero enviarle un hermano carpintero.

Durante su permanencia en la capital, Damián se enteró que el Consejo de salud había adquirido, el 6 de julio 1865, por la suma de mil ochocientos dólares, un terreno en la península de la costa norte de Molokai. El presidente del Consejo, que había sido juez itinerantes en la isla de Maui, Molokai y Lanai, había recordado esta lengua de tierra casi inaccesible: una muralla rocosa de seiscientos de alto la separaba del resto de la isla, y las tres otras costas estaban bañadas por u mar particularmente encrespadas y peligrosas. El Consejo de Salud había comprado una de las tres divisiones territoriales de la península: Kalawao sobre la costa este; las otras dos, Makanalua en el centro y Kalaupapa al oeste. Agentes del Consejo de salud, habían convencido a una parte de los habitantes de Kalawao, los *Kamaaina*, de vender sus propiedades y abandonar los lugares. Las otras aldeas quedaban provisionalmente prohibidas a los leprosos, que no estarían autorizadas a ir allí más que durante el estacionamiento de los barcos. El objetivo era que los proscritos pudiesen satisfacer a sus propias necesidades, porque los *Kamaaina* les abandonaban campos de *taro* bien cultivados. El Consejo proporcionaría carne, gallinas y material de pesca. El aprovisionamiento de agua no crearía problemas, pues lo tres valles que cortaban la muralla rocosa poseían fuentes. El 13 de noviembre 1865, el hospital de acogida de Kalaihi fue inaugurado solemnemente en la isla de Ohau. Sesenta y dos casos sospechosos fueron llevados allí para examinarlos. A cuarenta y tres de entre ellos, les fue atestada la enfermedad. El director médico debía decidir si podían permanecer en Honolulu para ser cuidados allí o debían ser segregados en Molokai. Finalmente doce personas - nueve hombres y tres mujeres - fueron declarados contagiosos y deportados el 6 de enero 1866. El Consejo había estipulado bien, que debían preocuparse de su propio cuidado, pero este sistema se reveló inoperante, pues los doce enfermos estaban gravemente mutilados; además estos estimaban que, privados de libertad, no debían ser obligados a trabajar. Fue entonces cuando se produjo la catástrofe: una semana después de su llegada, una violenta tempestad se abatió sobre la leprosería. El 21 de enero, cuando el schooner [*goleta*] *Warwick* desembarcó un segundo grupo de leprosos, los primeros no tenían techo. La población local, que había albergado a los doce desgraciados, invitó del mismo modo a los doce nuevos exiliados, ocho hombres y cuatro mujeres, a instalarse en su casa.

El alemán Rudolph Meyer, que habitaba en la parte superior del *pali* y había sido encargado de la vigilancia general de la leprosería, denunció esta mezcla

que facilitaba la propagación de la epidemia. En su informe dirigido al Consejo de salud, abordó también el problema del avituallamiento y anunció que él no podía encargarse de la gestión cotidiana del lazareto. Como Meyer había asumido ya la dirección de un rancho y la vigilancia de los trabajos públicos en la isla de Molokai, un ex-picpuciano francés fue enviado de prisa como sobre intendente del establecimiento. Este último, temiendo una revolución de los enfermos, no se desplazaba nunca sin armas. Todo el archipiélago gritó hasta el escándalo: el único derecho que reinaba en Kalaupapa era el de más fuerte, la anarquía era allí la norma.

El 6 de febrero 1866, un tercer grupo de enfermos fue amontonado en la jaula para bestias sobre el puente del *Warwich*. A través de las rejas, pudieron ver un majestuoso barco a vapor anclado en la rada de Honolulu, teniendo a bordo a los primeros turistas así como a la "tropa" de ópera dirigida por una diva. El gobierno promovía el turismo naciente, que aseguraba mejores comunicaciones con el continente americano y presentaba también una nueva actividad que reemplazaba la industria azucarera moribunda.

En Hawaii, la misión de Damián no registraba más que éxitos. En un solo año había, con 167 bautismos, batido todos los records, pero al cabo de año y medio, abandonó este sistema de "bautismos a velocidad", porque demasiados de los convertidos volvían a caer en sus antiguas costumbres. Debía primero preparar a los catecúmenos, pero no tenía, con pena suya, más que poco tiempo para consagrarse a ello, ya que sus brazos mantenían tres capillas en construcción. Convencido de que debía ser apoyado en la tarea, suplicó a su provincial que le enviara a su hermano Pánfilo. Además, el artículo 329 de la Regla de Picpus estipulaba que un misionero no debía jamás ocupar él solo un puesto. Modesto apoyo su proposición y la presentó al superior general de la congregación.

La tempestad que había causado tantos males en Molokai, no había ahorrado tampoco los de Kohala. Además, por segunda vez en dos años, el vapor *Kilauea* se había encallado sobre el arrecife de Kawaihae-Uka. Se podían ver los trabajos de la capilla que - felizmente había sufrido tan solo pocos desperfectos - estaban aún en estado de allanar el terreno para procurarla base en un espacio accidentado. La princesa Liluokalani había concedido a Damián la autorización de utilizar el terreno, a pesar de que estuviera oficialmente arrendado a la empresa Walker, Allen, Conway & Co. Desde diciembre de 1865, unas buenas planchas de sequoia de California habían sido descargadas sobre la playa. Un parroquiano puso su carreta de bueyes, tirado por tres pares de sólidas bestias, a disposición del misionero-constructor. Pero la yunta de bueyes no conseguía alcanzar la colina. No había otra solución que ascender la madera a hombros de hombres hasta la plataforma. En cuanto amanecía, hombres, mujeres y niños se cargaban todos una plancha y comenzaban la escalada. El trabajo se efectuó entre alegrías, los hawaianos cantaban continuamente himnos o refranes más animados, todos estaban orgullosos de su realización. Cuando toda la madera estuvo depositada sobre la obra, llegó el hermano Calixte y se puso al trabajo.

No estaba aún terminada la obra, en mayo 1866, cuando Mons Maigret vino de Honolulu para consagrar otros santuarios. Damián se unió a ocho sacerdotes y hermanos que trabajaban la provincia del sur. Este periplo fue largo, porque el obispo quería tener tiempo para hablar con los parroquianos y escuchar a sus sacerdotes.

Maigret era un buen jinete, pero ya tenía sus sesenta años; por eso, el 13 de junio quiso reposar durante algunos días antes de partir para el distrito de Damián. De Veuster aprovechó esta interrupción para ir a anunciar a sus parroquianos la llegada inminente del prelado.

El obispo quedó encantado con el trabajo de Damián, pero no pudo consagrar ninguna iglesia, porque ninguno de los tres proyectos estaba acabado. Sin embargo autorizó a Damián para que utilizara la capilla antes de su dedicación.

Todo marchaba por tanto muy bien, y el 2 de diciembre 1866, Damián escribía su Informe anual al superior general: *"Gozo siempre de la mejor salud, me parece que ya me he hecho enteramente a la activa vida de misionero en cuanto a lo corporal, desgraciadamente la vida interior tiene el aire de estarse evaporando bajo la influencia continua de los malos ejemplos y de las molestias a las que estamos expuestos"* La construcción de las iglesias constituyó el objeto esencial de la misiva.

En una carta a su hermano Pánfilo, Damián se muestra una pizca más explícito. Debía mantener tantas luchas: contra los calvinistas, contra los *kahuna* [brujos], contra la infidelidad conyugal y sobretodo contra la inmoralidad general y la poca tendencia a la oración. Había también descubierto la vida sexual e los hawaianos: *"En cuanto a la inestabilidad de los matrimonios, informa, no puedes hacerte una idea de lo que es. Estudia a santo Tomás y a los más sabios teólogos cuanto quieras, seguirás siendo un ignorante en esta materia, en tanto no hayas estado de ministerio por aquí y hasta los más viejos misioneros dicen que no se puede andar más que a tientas"* Desde la ceremonia de matrimonio, él se preguntaba si la pareja no se divorciaría dentro del año, de tal modo el adulterio estaba enraizado. Además de cometer el pecado, la pareja se encontraba acribillada de deudas: un divorcio costaba ciento cincuenta francos, una suma que los pobres kanakas no poseían.

Damián tenía necesidad de ayuda, porque era objeto de los ataques de Elijah Bond, el misionero protestante que trabajaba en Kohala. Después de la desertión de sus fieles portugueses, mexicanos y hawaianos, sus alumnos habían abandonado también sus escuelas a consecuencia de la decisión del gobierno de pagar un mismo salario a los institutores protestantes y católicos. Por esto había publicado en un periódico un artículo denunciando el nivel excesivamente bajo de la enseñanza dada en las escuelas de su rival Damián. En privado, el pastor contaba que el joven sacerdote católico era un fuerte joven cuya vida no era tan casta como se creía. Los hawaianos tenían tendencias a dar fe a estos chismes, porque para ellos un hombre debía tener

una mujer. No comprendían nada de estas rivalidades entre blancos: protestantes y católicos predicaban que no había más que un Dios, un solo libro - la Biblia - y que Cristo era el hijo de este Dios único; había tres dioses y sin embargo no había más que uno solo. Esta doctrina era muy complicada, pensaban los kanakas, pero ¿no poseían ellos también un panteón muy complejo? Lo que no alcanzaban a comprender, era la razón de la enemistad entre los dos grupos de misioneros que propagaban el mismo mensaje. Percibían dos diferencias notorias: los *Palani* o francés, como llamaban a los católicos, no prohibían beber alcohol o fumar, lo que los protestantes reprobaban estrictamente; por otra parte los católicos distribuían constantemente regalos, mientras los protestantes pedía limosnas. El celibato de los sacerdotes católicos constituía otro enigma: los hawaianos se preguntaban si estos hombres aparentemente normales pero llevando largas ropas negras, eran impotentes. El desafío era mayor para sus mujeres, que no tardaron en descubrir que los *Palani* eran verdaderos hombres. En consecuencia, no había ninguna razón para poner en duda las calumnias propagadas por Bond respecto a Damián.

Los rituales católicos y anglicanos agradaban más a los hawaianos que los sobrios servicios protestantes; las estatuas de los santos les recordaban los ídolos de madera que se encontraban antes en los *heiau*. Numerosos kanakas poseían aún en sus chozas efigies de su *aumakua*, lagarto o tiburón, tortuga o pescado; un santo patrón era a sus ojos un poco como un totem. Las procesiones y misas cantadas les gustaban, porque amaban la música. Todos estos elementos defendían a los católicos, pero en cuanto los blancos se alejaban, la mayor parte de los convertidos retornaban a su antigua tradición. Escuchaban a los ancianos recitar a los niños la genealogía de los jefes para mantener la memoria del pasado y transmitir a algunos elegidos los rituales tradicionales y ciertos secretos, como el medio de adquirir el *mana* o poder. Damián se quejaba en una carta a sus padres. "Cuando uno está enfermo, les escribía en su lengua materna, los *kanakas* hacen sacrificios a sus antiguos dioses" Había descubierto su modo de hacerlo. Iban a casa de un "médico herborista" a quien ofrecían una gallina o un cerdo de leche. El *kahuna* hacía cocer la carne y la sazónaba con plantas medicinales cocidas ritualmente. No relató a sus padres que había caído bajo el intento de la cultura hawaiana.

Cuando hablaba con un kanaka, ya no hacía "sí" con la cabeza sino que fruncía las cejas; ya no indicaba una dirección con el dedo sino con el mentón, elevando bien este, la cabeza bien echada hacia atrás, como para afirmar su autoridad. Cuando entraba en un pueblo a pie o a caballo, besaba el brazo para significar que venía con intenciones amistosas. A diferencia de los maestros en los colegios europeos, jamás intentaba poner las manos sobre la espalda de un nativo, al ser interpretada esta actitud como una voluntad de echar un hechizo. Durante la misa, elevaba las manos hacia el cielo para indicar que estaba preparado a recibir el *mana* de Dios, pero esto era un gesto que había aprendido en Lovaina.

Damián se volvía extranjero al mundo que era ante el suyo. Recibía pocas noticias de Bélgica; reprochará a menudo tanto a sus padres como a su

hermano Pánfilo, en quien pensaba todos los días. Para incitar a sus padres a escribir, les proponía preguntas bien precisas redactadas en el dialecto de su infancia, indagando a sus hermanos y a sus hermanas, a su tío, a los más próximos.

Habiendo leído en la Carta circular de la Congregación de Picpus que Pánfilo había asistido a un retiro en París, no anda con miramientos con su hermano: *"Con probabilidad el padre tramposo se habrá convertido allí. Sabed que a los kanakas no les gusta hacer negocios con un tramposo Si ellos no son siempre sinceros, al menos no lo sufren en un sacerdote, enseguida dirán kahuna hoopunipuni. Con este nombre es con el que llaman a los sacerdotes idólatras de aquí. En lugar de jugar a los bolos, venid a convertir a estas gentes"*.

Se sentía abandonado y un tanto traicionado. Su madre le había prometido una campana que no llegaba, cuando lo que necesitaba eran tres: una para Kawaihae, otra para Waipio y otra para la iglesia que él estaba construyendo en Waiapuka. Soplabla siempre con una gran caracola para llamar a los fieles a la oración, como anteriormente los *kauna*. Tenía necesidad de estar sostenido, los convertidos le confesaban pecados de cuya existencia jamás había sospechado y cometían siempre las mismas faltas. Bautizaba demasiado pronto, le faltaba tiempo para preparar a los catecúmenos. Tantos parroquianos morían sin los últimos sacramentos! El inicial entusiasmo ilusionado había desaparecido, y, lentamente, el misionero sucumbía a la desesperanza; el superior general de la congregación le había sin embargo puesto en guardia en su marcha de París, pero este descubrimiento le quebrantaba.

No todo era sin embargo negativo. El día de Navidad puso un cepillo de limosnas en la iglesia de Kohala para recoger os doscientos cincuenta francos que necesitaba para la reparación del techo y la reconstrucción del campanario que se había caído hacía dos años, cuando el temblor de tierra. Los parroquianos dieron algunas monedas, un carpintero ofreció gratuitamente sus servicios y prometió reedificar un campanario capaz de sostener la campana prometida por la madre del sacerdote. No estaba todo perdido. Damián consagró su sermón a la bondad de Dios y al perdón. Al día siguiente, trabajaba en su huerta, recogiendo las alubias que algunas semanas antes había sembrado, se ocupaba de los cincuenta y cinco corderos, de sus caballos y de sus mulas. Le gustaba al misionero este trabajo que le entretenía. Al día siguiente tenía fiebre, vomitó y sufría diarrea. Reconociendo en ello el tifus, tomo de inmediato un febrífugo. La enfermedad no le duró más que algunos días y, en Año Nuevo, había recuperado bastantes fuerzas como para cuida a las otras víctimas de la epidemia, que desapareció en un semana.

Damián había obtenido del obispo el permiso especial de celebrar la primera misa en su iglesia de Kawaihae, el día de la Epifanía 1867. Para los hawaanos, toda ocasión era pretexto de fiesta, vinieron desde muy lejos para preparar el *luau* y acamparon sobre la playa.

En el transcurso del servicio religioso, Damián constató que numerosos no católicos estaban presentes, lo que le volvió la esperanza Predicó con un entusiasmo renovado. Juntos habían construido la iglesia, juntos habían realizado una bella cosa, ya era hora en el presente de reconstruir sus corazones y de transformar a misión en una casa donde Dios reinara Después del oficio, Damián se metió cerca de un grupo de parroquianos y comió un trozo de carne con ellos. La conversación se mantenía en torno a Molokai, donde las cosas no marchaban bien. Ningún médico visitaba a los relegados; no tenían ni hospital ni centro de cuidados y sus familias no podían ni hacer que les visitaran ni que les cuidaran. Los horrores que circulaban sobre las condiciones de vida en esa península habían alcanzado tales proporciones que el Consejo de salud había finalmente decidido abrir allí un hospital y una escuela y había contratado a una pareja de irlandeses, a él como maestro y a ella como enfermera. Cuando el ex-picpuciano les vio llegar, dio la dimisión y dejó la isla en que había experimentado tan grandes sustos. Donald Walsh fue promovido superintendente. Después de una experiencia desgraciada en Nueva Zelanda, este hombre y su esposa estaban dispuestos a trabajar duro. Su vida no había sido hasta entonces más que un largo drama: habían perdido siete hijos y el único que les quedaba estaba al borde de la locura.

Entraba también en las conversaciones la industria azucarera. Los Estados Unidos compraban entonces su azúcar en los países de bajo salario, como Filipinas y China, lo que había provocado la quiebra de un *broker* de San Francisco, que hacía oficio de agente para el azúcar hawaiano. Esta empresa tenía lazos con Walker, Allen, Conway & Co, que explotaba plantaciones en Kohala y poseía el vapor *Kilauea*. Por reacción en cadena, esta firma se hundió ella misma también y el *Kilauea* fue embargado; los sacos de patatas, gracias a los que Damián quería cubrir los gastos suplementarios ocasionados por la construcción de la iglesia, se pudrían en la bodega.

Aún había algo peor. La iglesia de Kawaihae-Uka estaba construida sobre un terreno alquilado por la sociedad que había sido arrastrada a la quiebra. De Veuster debía encontrar una solución urgente. Como la relación con Honolulu estaba interrumpida a consecuencia de la confiscación del vapor por las autoridades, se fue a Kailua para consulta allí a su superior insular.

Antes de partir, escribió al provincial para pedirle consejo y aprovechó de ello para encargarse de vino, harina, un nuevo sombrero y algunas sotas un poco más largas, porque había aumentado de peso. Suplicó también a su obispo que viniera a la Isla Grande para consagrar sus iglesias. En correos de Kiholo, encontró una carta de Pánfilo con fotos suyas y de Paulina. Damián apenas podía reconocer a su hermano.

Cabalgando de noche hacia Kailua, tuvo el placer de ir recordando las noticias recibidas. El marido de Constanza estaba ocupado en construir un molino a vapor; Pánfilo había sido nombrado director del noviciado de Issy, ya no vendría por tanto a Hawaii; Heri Vincks había muerto de tifus. Llegado a Kailua, Damián celebró un servicio en memoria de su amigo de la infancia.

Damián consagró el mes de abril 1867 para la reparación de las iglesias y la elaboración de un nuevo proyecto: la construcción de una cuarta iglesia en la gran villa de Waimea. El terreno que deseaba estaba situado en la proximidad de cuartel general del rancho del riquísimo John Parker que se lo cedió. Cuando el misionero hubiera recibido madera del economato y la autorización de construir del gobierno, podría comenzar la obra. El ministerio de Asuntos Exteriores, el francés Charles de Varigny prometió a de Veuster arreglar este asunto en Honolulu.

Mientras el misionero se hacia constructor, los trabajos del nuevo hospital de Kalupapa avanzaba a grandes pasos en Molokai. Meyer había escogido erigir este establecimiento en Polapola, cerca del pueblo de Kalawao, en un lugar altamente simbólico para los hawaianos. En efecto, hasta la llegada de los blancos, el lugar servía de refugio a los que habían enfrentado el derecho *kapu*, y muy cercano se encontraba el *heiau* donde habían tenido lugar sacrificios humanos. Pabellones que disponían de una veranda ventilada habían sido construidos para los leprosos que estaban en camastros en torno a una plaza central. Los informes oficiales hablaban también de baños y de un lavadero públicos, de un almacén, de un dispensario, de una caja donde triturar el poi y de una prisión. No mencionaban el reducto destinado a los moribundos.

La población blanca emitió pocas críticas sobre este proyecto, porque el número de nativos había disminuido en ocho mil almas en el espacio de seis años. El *Pacific Commercial Observer* censaba en 58.765 el número de kanakas que poblaban aún el archipiélago. Esta situación tenía el riesgo de crear un problema de mano de obra en las plantaciones, habiéndose finalmente puesto de acuerdo Honolulu y Washington en la tarifas del negocio. Oficiosamente, los plantadores daban otra versión de las cosas: los kanakas eran malos trabajadores. La disminución de la población autóctona les permitía importar más obreros japoneses y sobretodo chinos, que les costaban menos caros y cuyo rendimiento era superior.

A comienzos de 1897, Mons. Maigret aceptó la invitación de Damián, pero, antes de consagrar las iglesias, quería efectuar una nueva vuelta general de las islas. En ayo, el misionero recibió la orden de partir para Kailua, con el fin de preparar con sus compañeros la procesión del día del Corpus.

Era éste un acto deliberado, porque el pueblo había quedado trastornado por las revelaciones del profeta Joseph Kaona. Este brillante estudiante becado había seguido una formación de pastor en el prestigioso colegio protestante de Lahainaluna. A su vuelta a la villa natal, había tenido una visión anunciando la vuelta inminente de Cristo. De la noche a la mañana el niño prodigio se había transformado en profeta. Interrumpía los servicios religiosos protestantes, exigiendo que fueran aplicados los nuevos rituales hawaianos que él había concebido; si sus directrices no eran seguidas, una catástrofe se abatiría sobre la isla. Sus predicaciones provocaron una recrudescencia de celo religioso de los católicos, todos querían confesarse antes del desastre, y, para asegurarse todos los triunfos de su lado, ciertos creyentes venían a ser

absueltos dos o tres veces de los mismos pecados, enclaustrando de la mañana a la noche a los cinco sacerdotes escogidos para organizar la procesión. Esta fue un éxito, a pesar de la presencia en su recorrido de partidarios de Kaona que incitaban al cisma y blandían amenazas de cataclismo.

El pequeño grupo de sacerdotes acompañados de su obispo partió enseguida para el sur de la isla. A comienzos de julio, estaban en la ciudad azucarera de Punaluu, en el distrito de Kau. Nicaise quería construir allí una nueva iglesia, pero no disponía de ningún material. Previendo una ruina de *heiau* cuyas piedras angulares le parecían perfectas, Maigret ordenó a los sacerdotes llevar hasta la obra bloques de lava bien tallados. Los religiosos le obedecieron a regañadientes, porque hawaianos sentados sobre la colina habían señalado un línea mágica con hojas de *ti* y miraban con un ojo fijo a los *Palani* entregados a lo que ellos consideraban una profanación.

Damián se irritaba por la lentitud de la caminata. Ya hacía casi dos meses y medio que había dejado su parroquia donde, cada día, los convertidos volvían a las filas "kaonistas". El 13 de agosto, llegaron por fin a Waiamea. Damián indicó a su superior el emplazamiento en que quería construir su iglesia y el obispo aprobó su elección.

En Kohala, habiéndose enterado que un barco estaba anclado en el puerto de Kawaihae quiso inmediatamente irse, pero Damián le suplicó que consagrara primero esta iglesia que llevaba tan en el corazón; además, sus parroquianos merecían una fiesta de inauguración: habían penado tanto por subir a cuestras la madera hasta la plataforma. Como el obispo se mantenía insensible a su petición, el misionero encontró un argumento decisivo: le rogó que verificara los contratos entre la misión y la sociedad Walker, Allen, Conway & Co. Para la fiesta, grupos de parroquianos descendieron cantando la colina del Mauna Kea, mientras otros llegaban de Kiholo o de Kohala agitando banderas. El obispo procedió a la dedicación de la iglesia, acompañado de un coro cantando a plena voz. Para el banquete de fiesta que siguió, deseaba sentarse en el mismo suelo como los hawaianos, pero habían preparado una mesa especial para los blancos. A la sombra del pórtico, Maigret admiró el azul del mar y la sombra gris y masiva del Kaleakala sobre la isla de Maui. No escuchaba más que con un oído distraído las discusiones relativas al tratado bilateral con los Estados Unidos, que a pesar de la presión del lobby del azúcar, no se había aún ratificado. En cuanto a él mismo, juzgaba más importante la rebelión contra el Consejo de salud de la población nativa de la península de Kalaupapa en Molokai.

Inicialmente, los nativos se habían imaginado que el destierro de los leprosos en su isla no era más que un capricho de los blancos. Ante el afluencia incesante de nuevos grupos de enfermos, los *Kamaaina* habían sido obligados a vender sus tierras y se encontraban en la incapacidad de albergar a los enfermos. La construcción del hospital fue la gota que colmó el vaso. En el verano 1867, la población local decidió enviar una delegación al rey. El soberano les recibió y rogó al ministro del Interior - que por su función era de

oficio director del Consejo de salud - que asistiera a la entrevista. Después de haber escuchado las condolencias de los emisarios, Kamehameha V apostrofó a su ministro con voz temblorosa de cólera: "¿Por qué tratáis tan mal a mis súbditos?. Os desembarzáis de los leprosos en Waikolu y arrojáis a los kamaaina de sus terrenos!"

Hago ejecutar la ley que Vuestra Majestad ha ratificado, respondió el blanco con indiferencia. Esas gentes han sido bien pagadas por sus casas. Estas tierras pertenecen en adelante a las autoridades. Confuso el rey declaró: "Yo tengo la culpa. Debéis abandonar Kalawao" Los *kamaaina* argumentaron de nuevo: "Hemos sido pagados por cuidar los enfermos que nos han sido enviados. Hemos sido pagados correctamente por nuestra labor".

La delegación volvió con las manos vacías a Kalawao, donde no pudo más que aconsejar a los habitantes que dejaran las tierras de sus antepasados: fueron numerosos los que se marcharon a establecerse en Halawa, cerca del cabo noreste de Molokai; otros permanecieron en la península, pero se retiraron al pueblo de Kalaupapa que aún no pertenecía a la leprosería.

Desde que el *luau* estuvo acabado, el obispo se retiró a la sacristía para prepararse a la ceremonia de la confirmación, mientras que Damián repetía por última vez el ritual con los confirmandos. Era una bella jornada, no había ni una nube en el horizonte, pero cuando Maigret entró en la iglesia, el viento empezó a hacer estragos alrededor del edificio. Después de algunos minutos, la calma serena volvió. Pálida de miedo la comunidad esperó aún algunos instantes, pero nada vino a perturbar la celebración.

Maigret declaró después que este viento era un signo del Espíritu Santo. Los hawaianos veían las cosas de modo diferente: este viento *mamaku* se desataba de repente de las montañas y no duraba jamás mucho tiempo, pero soplaba con una fuerza espantosa. Levantaron los ojos hacia el *heiau*, como para señalar a los *Palani* que tenía quizás enfrente un tabú. Podían sentirse felices de que nadie no hubiera dejado la vida en esta manifestación repentina de los elementos desencadenados

Habiendo llegado a la isla nuevos misioneros, Damián tomó un billete para Honolulu. Quería pedir a sus superiores que le dieran un compañero, su distrito era demasiado grande. Durante res días defendió vanamente su causa. Los superiores pensaban que los recién llegados debían primero habituarse al país y aprender la lengua. Por todas partes faltaban misioneros, Damián debía dar prueba de su paciencia.

Pasó algunos días en la capital y se tomó el tiempo para discutir con el padre Hermann Köeckemann sobre la administración de los bautismos, porque demasiados de os convertidos volvían a caer en sus antiguos pecados. Este alemán era él mismo indeciso y pensaba que el sacerdote no tenía la certeza de obrar bien más que en la cabecera de un moribundo.

El provincial Modeste tenía buenas noticias para Damián: las nuevas sotanas se encontraban ya a bordo del vapor *Kohala*, propiedad de las plantaciones fundadas por Elijah Bond. Damián volvió por el vapor. Había llegado ya a Kawaihae cuando el velero arrojó el ancla delante del arrecife. Desde la misión católica, constató de repente que el *Kohala* era presa de las llamas. Los marineros arrojaban ya cajas y jaulones por encima de la borda, pero el fuego se propagaba rápidamente. Uno de los raros paquetes rescatados del incendio fue el que contenía las sotanas de Damián. Bond perdió toda su herencia que estaba a bordo y algo más aún: el naufragio del navío arruinó la situación financiera ya crítica de las plantaciones de Kohala. Trescientos obreros estaban en peligro de quedarse sin trabajo.

Este estado de cosas preocupaba a Damián cuando estaba absorto por la reparación del tejado de la iglesia de Waiaipuka, necesitada debido a la proximidad de las lluvias. Cuando estos trabajos estuvieron terminados, partió para Waipio, donde los temblores de tierra y las lluvias diluvianas habían irremediablemente estropeado la iglesia. Debía construir una nueva y añadirle la casa del cura, porque le hacía falta sin más remedio un asistente. Hizo una visita relámpago a Honolulu, donde oyó que se estaba diciendo que Molokai representaba un problema más urgente: los leprosos reclamaban un sacerdote.